

# "Vida de perros"

Hay expresiones y dichos que se repiten en diversos idiomas. El lenguaje popular los ha hecho suyos y semejantes condiciones del género humano la han universalizado. A veces, conversando con estudiantes extranjeros en Nueva York, uno intenta la traducción de un dicho familiar de su país al inglés, de inmediato los otros comentan: Sí, ése también es un refrán en nuestra tierra.

Días atrás, quise emplear en una conversación la expresión "vida de perros". Mi interlocutor norteamericano me quedó mirando y me preguntó: ¿Quiere decir una buena vida o una mala vida? Y, ante la pregunta, me di cuenta de que nuestra expresión popular no tenía validez alguna en Norteamérica y, en lo concerniente a Nueva York, carecía en absoluto de sentido.

Si alguno ha llamado a Nueva York, la ciudad de los rascacielos, yo no veo por qué no se le podría llamar —con más propiedad aún— la ciudad de los perros. Los rascacielos apenas si comprenden un sector comparativamente reducido en la Isla de Manhattan, pero los perros se le encuentra en todas partes, en los cinco barrios del Gran New York, en sus sectores populares y en los de más exclusiva calidad.

Pero lo que se llama perro vago, ese perro de raza indiscifrable que pulula en los barrios de Santiago, ése no lo he visto aún y dudo de que exista. Porque Nueva York es el paraíso de los perros. Hay de todas las razas imaginables que en invierno usan cuidados abrigos de lana y en verano retozan en los grandes parques. Aquí el perro ha dejado de ser el mejor amigo del hombre y es éste quien merece el calificativo del mejor amigo del perro.

Nueva York, con su superpoblación, su agitado ritmo de vida y la enorme extensión de sus barrios, no es una ciudad que

invite a la comunicabilidad. Podría decirse que es el sitio donde hay mayor cantidad de personas solas. El perro se ha convertido en la compañía fiel e ideal y al perro se le dedican exclusivos hospitales, peluquerías y salones de belleza. En la Sexta Avenida, cerca de Rockefeller Center, hay una de estas peluquerías. Al observarla en plena actividad en nada difiere a una peluquería de niños. Existe el cliente que llora —a qui diremos ladra— y se muestra reacio al trabajo del peluquero. Pero, a su vez, también está el perro tranquilo que ya no se asusta de la máquina de afeitar y muestra hasta complacencia del tratamiento de que es objeto.

La comida de los perros neoyorquinos, también es exclusiva. Hay almacenes especiales para su venta en la que sólo se observan latas y bolsitas nylon con las más selectas exquisiteces. Como prueba de la superioridad del perro sobre el hombre, en esos almacenes no se vende nada para el género humano, mientras que en los almacenes corrientes se encuentran entre mezcladas las galletas para canes y las galletas para humanos.

En una de mis primeras incursiones a los almacenes norteamericanos —todos son de los llamados autoservicios— entre otras cosas compré un paquete de galletas. Cuando llegué a casa, me di cuenta de que eran para perros. Abrí el paquete, lo oí (dada la peculiaridad del caso no me parece que sea una falta de educación) y, después, las probé.

Creo que sólo por prejuicio no terminé con el paquete, pero después de esta experiencia, debí haber comprendido que la expresión "Vida de Perros" en Estados Unidos tiene que tener un significado diferente al que se le da en Chile.

SERGIO VODANOVIC